

Se estremeció de pensarlo. Pensó entonces, en darle un beso suavemente, casi sin tocarla, para que no se despertara, un beso último, de verdadero adiós, y se dió asco. Llegó por fin á la puerta y en esta vez sí encontró la llave. Se hubiera vuelto, pero los náufragos y escasos restos de su amor propio, lo hicieron salir. Comenzó á caminar como un ebrio, no se sentía nada bien, al contrario, un zumbido constante en los oídos y obscuridad en la vista lo atemorizaron. Podía darle un ataque, podía morir así, junto al arroyo, como perro, sin que lo auxiliara nadie, despreciado de su mujer y engañado por su querida! No podía más. Se asió á un arbolillo de la acera y lloró mucho, como cuando era niño. El llanto le hacía bien. Se hubiera ahogado sin llorar. Fuése calmando poco á poco, enjugó su llanto y tomando aires de escéptico, tomó también el rumbo de su morada. Pobre-cilla de Elisa, he ahí la mujer que realmente lo quería. Esa era incapaz de faltarle ni en pensamiento. Menos ahora que ya él podía apreciar todos los inconvenientes de las caricias compradas.

—Ba! bah! no había qué pensar en otra cosa, su Elisa y nada más.

Amanecía.

Dióse prisa á entrar para evitarse el bochorno de lucirse en tan triste estado ante sus criados. Le llamó la atención encontrar á Anita apagando con precipitación el mechero de gas y levantada á esa hora, pero creyó que tal sería la costumbre.

Nada preguntó y llegó á su cuarto. Estaba irritadísimo y muy cansado.

—Demonio con el hombre ése, pega duro!— se dijo al desnudarse, y le pareció oír que la camarera hablaba con un hombre.

—¿Quién puede ser tan de mañana?, Anita!— gritó entrando en el lecho por pudor.

—¿Desea usted algo?—preguntó Anita, asomando.

—Sí. ¿Con quién hablabas?

—Con nadie señor, ¿á esta hora?

—Es verdad, retírate. Pues señor, no hay duda de que estoy nervioso,—se dijo medio dormido.

En ese momento, alguien salía de la casa resguardado por Anita. Comenzaba el sol á dorar los últimos pisos de los edificios.

## VI.

Cuando Elisa regresó, aun no despertaba Javier y era ya medio día. No se atrevía á verlo cara á cara, segura estaba de delatarse y no hubiera podido ni estar seria con él, cual convenía á su papel de esposa ofendida. Si sospechaba algo, estaba perdida; pero cómo confesarle lo pasado, cómo decirle que ella, en un momento de inexplicable debilidad?... La mataría, y con razón. Siempre habían opinado de acuerdo en ese punto, cuando se comunicaban sus opiniones.

Se veía tan distante de la caída que no la consideraba disculpable.



F. GAMBOA.

Nunca se figuró poder llegar á ese grado, y recordaba el horror que le inspiraran las mujeres casadas faltando á sus deberes. Ni la conducta dudosa de Javier podía justificarla, no tenía culpa ninguna. Si era tan confiado, esa confianza le hacía honor. Se figuraría que estaba unido á una dama incapaz de arrojarle una mancha. Tuvo miedo, consideraba natural que Javier tomara sus informes, sobornando ó amenazando á Anita, que así lo haría seguramente. Las consecuencias de su abandono la obligaban á capitular con Anita, por mucha repugnancia que le inspirara esa complicidad. La llamó.

Se presentó Anita con aire misterioso pero sonriendo amablemente. No sabía Elisa cómo empezar su recomendación. No quería ni suplicar, ni mandar. Buscaba un término medio adecuado, y no lo hallaba. Presentía el peligro si no se ganaba á Anita y no se decidía á confesarle francamente lo sucedido con el ministro; le perdería el respeto, y quién sabe, si dueña de su secreto, no llegara á tener exigencias mayores. Anita nada decía, comprendiendo la turbación de su señora, esperaba pacientemente á que hablara, sin moverse del sitio. Iba á hacerlo Elisa, cuando oyó los pasos de Javier que se acercaba, y aterrorizada, temblando, llegóse á la criada, le tomó las manos y suplicante, en voz muy baja, le dijo, oprimiéndoselas:

—¡Por Dios, Anita, no digas nada á nadie!

No era Javier sino su ayuda de cámara que desde la puerta anunció á Elisa que el señor estaba

DEL NATURAL.

enfermo y le suplicaba que pasara á su habitación. ¿Sería cierto que estaba enfermo ó un pretexto para hablarle á solas y evitarse así la publicidad de una escena desagradable?

Fué, sin embargo, y antes de entrar se detuvo un momento: casi no podía tenerse. Ya en el cuarto, se alegró de que estuviera con las ventanas cerradas, podría ocultar un poco más su creciente turbación.

Javier, que se esperaba un chubasco de palabras descompuestas por su escapada de la víspera, atribuyó ese silencio á un exceso de indignación reconcentrada, y creyendo que Elisa se dirigía á abrir le dijo:

—No abras, no puedo ver la luz. Acércate y siéntate aquí, á mi lado. Voy á explicarte....

Se acercó Elisa sin responder, porque sentía un nudo terrible en la garganta, y se sentó donde le indicaron. Javier se enderezó en el lecho, apoyó la espalda en las almohadas y comenzó á contarle cómo la noche anterior, después de haber ido á donde decía el papel, que, no creas, era una simpleza de un amigo, sin consecuencias, un negocio cualquiera, se había ido al club, según acostumbraba, y al salir de allí, ya muy tarde, solo, fué atacado por dos individuos que querían robarlo.

—¡Jesús!, dijo Elisa, que no pensaba en lo que oía.

Y Javier, animado por la exclamación que denotaba interés cuando se esperaba otra acogida, le tomó una mano y le hizo una narración fan-



tástica de lo peligroso que son los ataques nocturnos en una ciudad. Citaba ejemplos, accionaba, le pintaba los momentos críticos, cuando hay que aprovecharse del hueco de una puerta, ó dar un quite con el bastón, ó agazaparse preparando la huída, cómo, de vez en cuando, gritaba á los policías pidiendo auxilio que llegó hasta que él, cansado y ligeramente herido, apenas podía mantenerse de pie.

Elisa, humana y egoísta, se sentía más tranquila con la narración de los peligros que había corrido Javier; eso le indicaba que nada sospechaba, y aparentaba interés, movía la cabeza.

—¿Y estás herido?—preguntó.

—Sí, debo tener algo en la cabeza y en los ojos, poca cosa. Algo de árnica me aliviará.

—Pobrecito—dijo ella, y le acariciaba la frente y la barba, arrullándolo, como á los niños. ¿Quieres almorzar aquí sin levantarte? Nos colocarán una mesita y yo te acompañaré toda la tarde.

—Sí quiero, sí, anda y arréglalo.

Javier no volvía de su asombro. Vió salir á Elisa y dudaba que fuera la misma de antes. Sabía, por haberlo oído decir, que muchas veces una esposa modelo para atraer al descarriado marido, le pone buena cara á todos sus actos en vez de aburrirlo con lágrimas y recriminaciones. Parecía que Elisa había adoptado ese tan prudente sistema y se rió con malicia al recordar lo bien que la había impresionado contándole el imaginario asalto; pensó luego en lo que habría hecho Amalia,

al despertar y no encontrarlo á él que tan tranquilo estaba en su casa. Era una indecente que nada merecía sino que los golpes que Antonio le diera como único obsequio. Ya se arrepentiría. Deseaba para ella el peor trato posible, que el sin vergüenza aquel la acabara á palos y ella apreciara la diferencia. ¿Qué dirían en el club, cuando vieran que Amalia volvía á trabajar? Después de todo, qué le importaba lo que dijeran, si era un punto final este disgusto? Le dejaría los muebles; pero avisaría al propietario que no pagaba más la casa. ¡Tal vez le sirviera para comer! Qué convencido estaba de que el hombre es un bicho raro, siempre descontento y dejándose lo bueno por lo malo.

Repentinamente, se compadeció de los maridos engañados. Cuánto valía su Elisa. Ahora sí que la quería, tan buena, tan sufrida, tan honrada! Cualquiera otra, quién sabe lo que hubiera hecho? También hay que concederles amor propio y el peligroso derecho de vengarse. Afortunadamente, ya que él había salido bien, no intentaría un segundo golpe, al contrario. A pesar de la paliza de la víspera, se sentía tan bien, contemplado por su mujer. . . . Le compraría lo que quisiera; bastante se había gastado con la otra. Y la reñiría por juego, como si fuese muy hombre de su casa. Quería ser el tirano de un momento, algo en fin que pudiera autorizarlo á acariciarla muchísimo, según lo deseaba. Preparó su enojo, riendo interiormente de lo pueril de la maldad. Des-

33426



pués, reirían juntos, del altercado, y él comeríasela á besos. Le diría... ¿qué le diría? Ah, sí, eso es, le recomendaría muy serio, que no gustaba del desperdicio sino del ahorro, que se apagara el gas temprano y no como hoy á la madrugada, para alumbrar sin duda la salida del amante de Anita; que amante había de tener, todas las criadas lo tienen.

—Lo averiguaremos, y si le conviene, la casamos. Parece buena muchacha.

Le sorprendió verse tan moralista, nunca había estado así y creyó reconocer en ese cambio la influencia de Elisa. Sin embargo, allá en el fondo se desconfiaba, no creía en sus propósitos. Siempre al día siguiente de un disgusto con Amalia le acontecía lo propio.

—En fin, allá veremos, exclamó.

Entró Elisa algo más calmada pero no enteramente. Su delito la acompañaba incesantemente. Fluctuaba entre la confesión ó el engaño, es decir, la muerte, tal vez, ó la infamia. Y con ese miedo profundo que precede á toda gran decisión, dejaba venir los acontecimientos, temiendo ser descubierta por su palidez ó por su intranquilidad.

Javier tomó un aspecto formalísimo y ahuecando la voz le dijo:

—Tenemos que hablar de algo muy serio. Aquí se me engaña; comprende usted señora, y no puedo tolerarlo. Olvidándose usted de sus principales deberes ha cometido anoche un acto que tengo que castigar severamente y que castigaré...

Sintió Elisa una angustia espantosa, creyendo que Javier todo lo había sospechado y apenas si pudo articular:

—Te juro Javier...

—No me jure usted nada—repuso él esforzándose por mantener su seriedad—todo lo sé; esta mañana ha salido de aquí un hombre, y soy yo quien paga el gas que ha de alumbrar sus amorosos desvanos, usted...

Pero Elisa ya no escuchaba: la escena de la noche anterior se levantaba ante su vista, y consideró todo lo infame que era, manchando el nombre de su marido en el mismo momento en que éste, después de estar en una diversión lícita, regresaba á su casa soñando con la mujer que amante debía esperarlo, para tener en cambio un encuentro desagradable en la calle y el deshonor en el hogar. Hecha un mar de lágrimas, sollozando y suplicante cayó de rodillas al pie del lecho y refugiando la cara en las coberturas:

—¡Mátame—gritó—pero perdóname!

Javier creyó soñar. Un rayo de luz se abría paso trabajosamente en su cerebro y mientras más penetraba, mayor daño sentía. ¿Cómo explicarse las frases que escuchaba, por una causa que fundadamente había supuesto insignificante? Imaginó otra cosa, y pasándose la mano por la frente, "es posible" se dijo.

—Pero ¿qué era, entonces? ¿Por qué ese llanto y ese deseo de que la matara? Trató de serenarse y tocando á Elisa en un brazo le ordenó



F. GAMBOA.

que se explicara, que hablara algo. Tenía derecho á saberlo todo, absolutamente todo, por horrible que fuera, lo mandaba. Y Elisa continuaba llorando; sólo podía oírsele la palabra, perdón. Javier saltó del lecho, latíanle las sienes, le faltaba aire; y tal como estaba, á medio vestir, comenzó á dar paseos por la habitación hablando y gesticulando solo. ¿Con que, también su mujer lo engañaba, se burlaba de él y lo hacía el objeto del escarnio público? Después de la falta, era admirable su frescura. ¿Que la matara? Pues ya lo creo que la mataría, aunque su muerte no resucitara su honor. Si así eran todas, no había que darle vueltas. Con antecedentes ó sin ellos, acababan lo mismo. ¿Quién lo hubiera sospechado mirándola con ese aire de bondad y de distinción?

—¡Infame, infame!—le gritó en el oído inclinándose sobre ella.

La tomó de una mano y arrastrándola unos pasos la sacudía, diciéndole:

—Su nombre, necesito su nombre, lo oyes, respóndeme, quién es; dímelo ó te mato antes que á él.

Elisa entonces hizo un esfuerzo por desasirse de Javier y le echó en cara, como un reproche, estas palabras que lo hicieron retroceder: ¡El ministro que tú trajiste á mi casa!

No pudo contestar, no tenía voz. Empezó á vestirse febrilmente y desesperado, al concluir, dijo á Elisa:

DEL NATURAL.

Ministro dejándolo pasar enteramente solo. Nunca lo anunciaban.

Su Excelencia se encontraba de excelente humor ese día, procurando aumentárselo jugando un *solitario* sobre su mesa. Muchos días hacía lo mismo. Le encantaba consultar al naípe sobre sus empresas amorosas, y si casualmente lograba sacarlo las tres veces de ordenanza, su alegría no reconocía límites.

En una ocasión de esas, aumentó el sueldo de dos empleados.

Tan distraído estaba en su ocupación favorita y pensando en Elisa, su nueva conquista, que no se fijó en la llegada de Javier.

Este se detuvo en la puerta. Pensó en arrojarse sobre él, en ahogarlo, pero al considerar todo el lodo que un proceso escandaloso arrojaría sobre su nombre, se contuvo y llamó en los cristales.

El Ministro levantó la cara y al reconocerle, continuó su juego, exclamando:

—Acérquese Javier, ahora concluyo.

—Prefiero esperar—repuso Javier—me trae un asunto muy grave

—¿Muy grave?—dijo el ministro volviendo á mirar á Javier. Pero al verlo bien y notar lo lastimoso de su cara, fué hacia él.

—¿Qué le ha pasado á usted, hombre?—le preguntó—está usted hecho una lástima.

Entonces Javier, siempre dominándose, bajó la voz y frunciendo las cejas empezó á hablar con dificultad. Las palabras le salían á torrentes inin-



teligibles, distinguiéndose de entre ellas, las de indecencia, deshonor, felonía. El Ministro trataba de calmarlo, no sospechando de lo que se trataba. Era hombre que sabía hacer las cosas y ni se imaginaba que un arrepentimiento de Elisa, lo hubiera delatado. Pero Javier, pasada esa crisis, pudo hablar, y frenético le decía que necesitaba su sangre, que se batirían, á menos de que él, un ministro, prefiriera morir como un perro. ¿Acaso se imaginaba que un hombre digno podía tolerar esas ofensas? Pues ya le demostraría su error con las armas en la mano. Y luego la mataría á ella, sí señor, á ella, pero antes necesitaba vengarse de él.

El ministro, dueño á medias de la situación, supo sobreponerse y con comedido tono le contestó que estaba á sus órdenes, pero que no era esa la manera de arreglar asunto tan grave, ni tampoco una oficina lugar propicio para explicaciones semejantes. Comprendió Javier lo falso de su posición y sin despedirse, sin contestar, salió del despacho. Eran las cuatro de la tarde. Al pasar por un restaurant cualquiera, entró á tomar algo. Tenía temores de caerse en la calle. Pensó en dos amigos y haciendo el sacrificio de que adivinaran la causa verdadera fué á verlos y les rogó que le sirvieran de padrinos en esa cuestión pendiente y de difícil solución. Una mala inteligencia en la resolución de un asunto, había determinado el cruzamiento de algunas frases duras que habían concluido en una bofetada. Y les mostraba el ojo que aún conservaba las huellas de la mano

del cómico. Tenía que ser á muerte y en la credencial declaraba no aceptar satisfacción de ningún género. Los esperaba en el club, recomendando, sobre todo, mucha reserva; era asunto delicado.

Sus amigos aceptaron en el acto. Nunca se habían batido, pero conocían al dedillo la tramitación. Comenzaba á caer la tarde sobre la avenida llena de gente á esas horas. Los periódicos vespertinos eran voceados por los granujas que ligaban los títulos formando retruécanos y metían por la nariz de cualquiera el papel húmedo todavía y con ese olor peculiar de lo recién impreso. Cerrábase algunos establecimientos arrojando sobre el arroyo un mundo de costureras y dependientes que á buen paso se retiraban á sus hogares, aumentando la concurrencia y ese murmullo de toda gran ciudad que despierta á otra vida al llegar la noche. Los cafés despedían raudales de luz y Javier ensordecido por el ruido, y por el de los carruajes al regresar del paseo, se sintió desvanecido. ¡Qué desgraciado era! Tanta y tan encontrada emoción lo habían enfermado. Sentíase con fiebre y como en el aire. De repente, algo que le pareció un relámpago le obligó á cerrar los ojos. Era el alumbrado eléctrico saludando á la ciudad.

Entró en el club y sin hablar se instaló en el salón de lectura, víctima de una impaciencia espantosa. Tomó un diario y las letras le saltaban delante de su vista. Se asomó á un balcón. Había



llegado á un grado en que casi no podía darse cuenta de lo que pensaba.

Al sentirse tocado en un hombro volvió la cara. —Al fin—dijo al reconocer á sus amigos, y juntándose los tres, apoyándose en el barandal, le dijeron que el ministro rehusaba batirse, por entonces al menos; que su encargo se lo impedía y no había de renunciar por complacer á un subalterno insubordinado, pero que en cuanto saliera del Ministerio, él sería el que buscara á Javier.

Nosotros lo sentimos, pero hemos hecho lo posible, ten calma, es muy posible que pronto... nada diremos... y le estrecharon la mano dejándolo solo.

—Luego—se dijo Javier—no hay remedio. Me recomiendan que tenga paciencia, que espere. Si no puede ser, cómo me han de aconsejar esa monstruosidad! Es que no saben de lo que se trata... si lo supieran? ¿Pero qué hago yo entretanto? Quedarme en esta situación, esperando indefinidamente á ese desvergonzado... De otro modo, el escándalo, y ser el ludibrio de todos, no poder salir, no poder hablar, despreciado, asqueroso.

—O el asesinato ó la degradación, pero de todas maneras la deshonra... ¿A quién acudir? ¿A quién pedir consejo...?

Y en el mismo momento, á sus espaldas, rodeando el piano del salón, algunos socios que habían comido fuerte, cantaban en coro el vals de "El Caballero de Gracia."

—Te prohibo que salgas antes de que yo vuelva,—y se lanzó á la calle.

VII.

Luego era cierto. No cabía ya la menor duda, no había lugar á tenerla. Se vengaría y se vengaría con razón. La otra, al fin y al cabo estaba en carácter engañándolo y no era lógico esperar otra cosa. Sin principios, sin educación, en lucha con la miseria más negra y en contacto con la peor clase de gente, era forzoso que se condujera como se conducía. Pero Elisa no tenía perdón ni disculpa; todo la condenaba, hasta el aislamiento en que confiadamente él mismo la había colocado. Aunque, reflexionándolo bien, quién pudiera decir si por despecho... no, ni así era explicable. Y luego el ministro, bueno estaba el ministro con su protección criminal y solapada. Debía haberlo comprendido. No se hacen favores así, á manos llenas, como los que él había recibido, por el simple gusto de ganarse un partidario que no se necesita ni sirve para nada, que tal vez fastidia. Afortunadamente lo sabía á tiempo y lo desafiaba sin importarle que estuviera más alto que las estrellas... Decidido, caminaba á buen paso hacia el Ministerio sin reparar en que la gente hasta se detenía para observarlo y observar su ojo morado y alguno que otro ligero desperfecto que acusaban una riña de mala clase.

Como en el Ministerio se le veía poco, la ra-



F. GAMBOA.

ra ocasión que por allí se llegaba causaba profunda sensación. Lo suponían enfermo. Los comentarios estaban muy disminuidos en razón de que ya no andaba tan frecuentemente con Su Excelencia. Conformábanse con envidiar su buena suerte que le permitía ser empleado únicamente para recibir el sueldo,—“que no era nada malo”—se decían

En ese día, el primero que llevó un sofocón fué el portero. A poco grita socorro, creyendo que querían asesinar á don Javier. Al notar su feroz aspecto, no se atrevió ni á saludarlo. Inclínole la cabeza y á distancia, esperaba sus órdenes.

—¿Está el Ministro?—preguntó Javier sin fijarse en sus ademanes.

—Sí señor, llegó hace poco.

—¿Tiene usted papel en su mesa, Florentino?

—Sí señor, sí hay—y diligentemente sacudió la carpeta retirando su silla para que pudiera sentarse el señor oficial.

Sentóse Javier y se puso á escribir su renuncia. una renuncia seca y concisa, por su salud y agradeciendo.... en fin, las frases más triviales. Temía que algo pudiera traslucirse. Al concluirla, tomó una cubierta con el sello de la oficina, la rotuló y después de pegarla, la alargó al portero diciéndole:

—Para el señor mayor.

Hizo una reverencia Florentino y se apresuró á abrir la mampara que conducía al despacho del

## LA EXCURSIONISTA.

### I

El paradero del Ferrocarril Central Mexicano en el Paso de Tejas, estaba concurridísimo.

Corrían por el andén los empleados dando sus últimas órdenes; las carretillas de equipaje y carga rodaban á su vez, furiosamente impulsadas por manos muy poco cuidadosas; la locomotora no cesaba de arrojar una pequeña columna de vapor por su válvula de seguridad; algunos chinos miraban con su indolente filosofía ese movimiento conmovedor; vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías á los ya instalados pasajeros, que se asomaban á las ventanillas de los lujosos coches-dormitorios, vigilados desde sus escaleras por los camaristas de color, vestidos de gran uniforme. Se escuchaban conversaciones sostenidas á distancia; hablábanse inglés y español; nadie se entendía ni procuraba entenderse; todo se hallaba listo para partir.

Era una de tantas excursiones de viajeros americanos que han dado en visitarnos todos los veranos, la que ocasionaba esa premura y esa diligencia.